

La dignidad de los músicos populares

JAVIER ORTIZ
CASSIANI



TODAVÍA HAY GENTE QUE RECUERDA los días del maestro Crescencio Salcedo en Medellín, vendiendo las flautas de caña de millo que él fabricaba. Algunos que lo veían ahí, como la mícura, tirado en el suelo de la calle Junín, con sus pies descalzos, la mirada estrábica y su piel amansada por soles y lluvias, le ofrecían monedas. Él las rechazaba con dignidad, porque no se asumía como un pordiosero, sino como un músico que quería ganarse la vida con lo que sabía hacer.

En Cartagena de Indias, desde hace mucho tiempo el destino turístico más importante de la nación y declarada Patrimonio Histórico y Cultural de la Humanidad, también hace ya bastante tiempo, la maestra Estefanía Caicedo murió en la absoluta miseria. Testigos de aquel momento cuentan que hubo que recurrir a una colecta de dinero entre gestores culturales y musicólogos para hacerle un funeral de caridad a la mujer que los expertos consideraron la mejor can-

tadora de bullerengue de todos los tiempos.

Ejemplos de este tipo en la historia de los músicos populares de la nación abundan. Me acordé de este par de casos en estos días, cuando los músicos de Chocó, previo a las Fiestas de San Pacho en Quibdó, se declararon en paro. Operación silencio, le llaman: cansados de que cada año, en una fiesta que no sería nada sin su presencia, los contraten por miserias, las chirimías decidieron silenciar sus clarinetes, bombardinos, redoblantes, platillos y tamboras. Y no es solo por el dinero —dicen—, es también, y sobre todo, por tratos dignos. Consideran que se les niega el “derecho de ser parte con voz y voto en el consejo directivo de la fundación” que organiza las fiestas, y piden también que se modifiquen los estatutos de manera que algunos miembros no se perpetúen en los cargos administrativos.

Este caso debería servir para repensar las apuestas patrimoniales de la nación. En los últimos años las políticas culturales, inspiradas en las directrices internacionales, se metieron en una carrera frenética de patrimonialización. Sin desconocer lo positivo que esto ha traído —dentro de eso, la organización de las declaratorias de patrimonio que normalmente dependían de los

compromisos o los caprichos de congresistas o políticos de turno—, también hay que decir que se generó una creencia en la que se asume que las expresiones culturales solo tienen importancia en la medida en que sean parte de una declaratoria o estén incluidas en una lista de patrimonio. Aquí lo que se debería tener claro es que el patrimonio es importante en tanto es lo que la gente construye, en la mayoría de los casos de manera inconsciente, como respuesta a los desafíos de la vida.

Desde diciembre de 2012, las Fiestas de San Pacho fueron declaradas por la Unesco como Patrimonio Inmaterial de la Humanidad. La relevancia de este hecho —nadie pone en discusión la importancia de la fiesta— estaría en el desarrollo de acciones que hagan posible la dignificación y las mejores condiciones de vida de quienes con su arte le dan sentido a esa manifestación cultural. Quizá Crescencio Salcedo, a su manera, rechazando limosnas en una calle de Medellín porque lo único que quería era que le pagaran por lo que desde niño aprendió a hacer, nos dio la clave. El patrimonio no debería existir solo para el regocijo de las ferias turísticas, su verdadero propósito tendría que ser la dignificación de la vida de quienes lo hacen posible.

EL ESPECTADOR

El Espectador. Editado por Comunican S.A.
Calle 103 N° 69B-43 Bogotá, Colombia
Conmutador: 4232300 Fax: 4055602
Línea de servicio al cliente Bogotá 4055540
Línea de servicio gratuita nacional
018000510903 Redacción: 4234822
Suscripciones: 4055540 o a la línea gratuita
nacional 018000510903 Publicidad:
Caracol Unidad de Medios: 4232300
ext. 1290 - 1565 www.elespectador.com

Cartas de los lectores

Es cierto, pero...

Colombia está viviendo muchos problemas, como los alzados en armas, la corrupción, la importancia que le dan los políticos más a su partido que a su país, el desempleo y las diferencias regionales. Pero también es cierto que el país acusa grandes desarrollos en muchos aspectos, como son las vías interdepartamentales (a pesar de los incumplimientos y las coimas conocidas), el mejoramiento de muchos colombianos en su calidad de vida, los avances tecnológicos producto de la dedicación de muchas universidades, las terminales de transporte que en el pasado se localizaban en las calles de los municipios sin baños y otros servicios fundamentales.

Esto no quiere decir que el país esté boyante y que no tenga muchas metas que cumplir y corregir algunos de los pecados que hoy nos están acosando, pero lo que sí es cierto es que si todos los días hablamos de lo mal que estamos, es difícil que nos levantemos cada día con el ánimo de trabajar.

Hace algunos días nos dieron grandes satisfacciones nuestros tenistas logrando las primeras posiciones a escala mundial, pueda ser que los medios de comunicación les den el despliegue que desde hace tiempo les vienen dando a los alzados en armas. El pan de cada día para los colombianos son los titulares de prensa que lamentablemente denuncian todo lo malo que nos está ocurriendo, y poco o nada hacen por destacar a nuestros ciudadanos distinguidos; si bien es cierto que hay problemas delicados en nuestra sociedad, también es cierto que hay buenas noticias de parte de los colombianos que se dedican con esmero a laborar en los diferentes campos grandes éxitos.

Basta hacer un recorrido por las ciencias de la salud, por los diferentes deportes (ciclismo, tenis, automovilismo, patinaje, fútbol, atletismo y otras disciplinas), por los avances en la agricultura y la ganadería, los logros en el sector industrial y en muchos de los servicios que se prestan a la comunidad con calificaciones comparables con el resto del mundo.

Los medios de comunicación cumplen un papel importante en el estado de ánimo de nuestra población y en la medida de que haya equilibrio en sus noticias y logren ocupar igual sitio, tanto lo bueno como lo malo, ese sería otro cantar. Los políticos tienen que ser conscientes de la importancia y trascendencia de su gestión al ser elegidos como los representantes del pueblo y no de los muchos partidos políticos, debe importarles más el bienestar de los ciudadanos en general que lograr para unos pocos algún beneficio. Están en la primera línea para introducir los cambios en todos los órdenes, tanto morales como de ejemplo de bienestar ciudadano.

Marco Fidel Rocha Rodríguez.

Envíe sus cartas a lector@elespectador.com

DE LABIOS PARA AFUERA



“La única forma de pararlo es decir: ‘Aquí hay diez bananos que puedes comer’”.

Luciano Passirani, periodista italiano, durante una emisión del canal deportivo Top Calcio 24, refiriéndose al futbolista belga Romelu Lukaku, que juega en el Inter de Milán. Fabio Ravezzani, director del canal, se excusó con el delantero y aseguró que el comentarista no volvería a tener un espacio en la cadena.

Betto



“Fracking”

El doble vicio de la crítica de arte nacional

ATALAYA
JUAN DAVID
ZULOAGA D.



LA CRÍTICA DE ARTE EN EL PAÍS siempre ha transitado por dos extremos, alejada de su justo medio. Y siempre significa desde sus albores; desde, digamos, los escritos de Walter Engel y Casimiro Eiger.

El doble vicio que acusa la crítica de arte en el país es caer en el recuento superficial de la obra o en el mero comentario biográfico. Los primeros intentan explicar la obra de arte por los colores y las formas que pueblan el lienzo, por los materiales que componen la escultura; los segundos, por el día del nacimiento del artista, por sus amistades y por el número y la calidad de sus amantes. La primera se limita a una crítica meramente formal; la segunda, a una lectura de la carta astral y del horóscopo, y a una hojeada del álbum

familiar. Son estas las dos claves de interpretación de los críticos de arte en el país. Como si la vida no pudiera escapar a la anécdota biográfica o a los colores de la superficie; como si la plenitud de la existencia se librara en esos dos extremos, ambos tan alejados de la virtud del justo medio.

Quizás estos dos vicios —que, por exceso o por defecto, constituyen una misma falencia— ayuden a explicar el desinterés por la crítica de arte en el país, y quizás, entonces, no sólo deba achacarse a un público que se juzga en ocasiones superficial o inculto.

Ojalá podamos ver algún día en Colombia una crítica de arte cabal, en la que se den la mano la lectura de la trayectoria biográfica con el escolio de las formas y el análisis de la paleta del artista, sazónada con una pregunta seria sobre el porqué del fenómeno artístico. Un texto que reúna la profundidad con la extensión, el análisis del cuerpo de la obra con la glosa sobre el espíritu del artista. Una crítica

que pondere los matices y justiprecie los detalles, y que, además, intente dar cuenta del cómo y del porqué del milagro artístico, y de la profundidad insondable y misteriosa del acontecimiento estético. Que nos hable, sí, de la biografía del artista, pero que no desdeñe el trasfondo; que dé cuenta de los avatares de la existencia, pero que esos mismos hechos puedan ser articulados en la regularidad de un sentido y en el anhelo de un horizonte; que señale los colores y las formas sin despreciar las maneras y el cómo de su consecución y su logro.

Una crítica, en suma, que logre rozar el halo poético que yace en toda creación y que nos hable así del misterio sutil e inquietante de la obra cumplida, que es transfiguración sutil y precisa del alma humana... Parece difícil, lo sé, pero en ocasiones puede todo ello intentar explicarse con belleza y con dignidad. Esa es la tarea.

@Los_atalayas,
atalaya.espectador@gmail.com